

Esta especie de denso y ético sermón terrible que Félix Grande nos propone en su noche de versos más tristes refleja, en realidad, como en mayor o menor medida toda su obra anterior, la música ya desábrida, ya tierna, ya acusadora o atroz que el poeta escucha resonar en su más arcano y recóndito interior. Lo que nosotros escuchamos es su eco.—
CARLOS RUIZ SILVA (Joaquín Costa, 51, 4.º MADRID-6).

Sección bibliográfica

EDMUND WILSON: *El castillo de Axel*. Madrid, CUPSA, 1977; 242 páginas.

Una parte importante de la actividad cultural de un país viene representada por la crítica literaria que en él se escribe, crítica que a su vez constituirá un aceptable indicador del grado de curiosidad intelectual, de las preocupaciones e intereses de los que podríamos llamar sus estratos ilustrados. Desde este punto de vista resulta también interesante revisar la crítica literaria del pasado, incluso la del pasado más cercano. En este empeño cabe encuadrar la publicación de un libro cuya edición original apareció en 1931 y que es el primero producido por uno de los críticos norteamericanos más representativos, aunque quizá no sea uno de los más rigurosos: Edmund Wilson (1895-1972).

Wilson subtitula su libro «Estudios sobre literatura imaginativa», pero desde el primer capítulo, que dedica a revisar el simbolismo en general y la obra de Mallarmé en particular, se tiene la impresión de que la palabra «estudios» podría ser reemplazada, sin pérdida de exactitud, por «ataques». Y ello porque para Wilson, que define el simbolismo como «una especie más bien esotérica de la poesía francesa» (página 25), este movimiento intentó comunicar sentimientos personales y únicos a través de complicadas asociaciones de ideas representadas por mezclas de metáforas, lo que desde su punto de vista se traduce en revestir opiniones no excesivamente originales con disfraces caprichosos y arbitrarios, avalados por complicadas justificaciones estéticas. Este escepticismo de Wilson ante la poesía, que en ocasiones se transforma en franca impaciencia, nunca llega a caer en un rechazo total, y gran parte del atractivo de *El castillo de Axel* proviene del hecho de que lo que se inicia como una incisiva crítica del movimiento simbolista y de otros autores relacionados de algún modo con él acaba transformándose en moderada alabanza.

Frente a esta indudable limitación conviene no perder de vista la

dificultad que suponía, en 1931, tratar de un modo adecuado a autores como Joyce, Proust, Yeats o Eliot, cuando alguno de ellos se hallaba aún en plena etapa creativa. Wilson vence plenamente esta dificultad, logrando una apreciación bastante equilibrada y manteniendo al mismo tiempo un tono de divulgación que contribuyó de modo decisivo al éxito del libro. Son modélicas a este respecto las páginas que dedica al *Ulysses* de Joyce y que aún hoy constituyen una aproximación válida a la obra. Otro tanto cabría decir del capítulo dedicado a Proust, aunque éste se resiente del determinismo rígido que Wilson establece entre la vida del autor y las características de su obra. Estos dos capítulos, junto al consagrado a T. S. Eliot, forman quizá la parte más sólida de la obra, en la que el autor pone más simpatía en el estudio y en la que su crítica alcanza mayores niveles de exactitud y acierto, como cuando pone de manifiesto el carácter esencialmente dramático de la poesía de Eliot, años antes de que éste produjera sus dramas en verso. Los otros capítulos resultan bastante desiguales; el mismo determinismo que deslució el estudio de Proust le resta objetividad a Wilson a la hora de tratar la obra de Valéry o la Yeats, y cuando las excesivas referencias a la vida o personalidad del autor se unen a la congénita antipatía de Wilson por lo que él considera rebuscamiento estético, sus valoraciones pierden toda pretensión de ecuanimidad. Incluso algún capítulo, como el dedicado a Gertrude Stein, acaba por desconcertar. Wilson pasa como por sobre ascuas por la obra de la mentora de Hemingway y Sherwood Anderson, destacando únicamente su capacidad de percepción psicológica, para tratar de demostrar luego que los artificios verbales utilizados por ella están presentes incluso en áridos textos legales. Wilson complementa este poco convincente intento de desvelar la pretendida carencia de originalidad de la Stein con una apresurada referencia al movimiento dadá.

Pero por encima de una valoración concreta de *El castillo de Axel*, y aparte de sus aciertos específicos, ya apuntados antes, el libro ofrece el interés de ser el primero de uno de los críticos más populares de habla inglesa. Desde este punto de vista es sugerente comprobar cómo las líneas maestras de la actividad crítica de Wilson se manifiestan ya con total elocuencia en esta obra inicial. Hallamos en primer lugar una innegable sensibilidad para el resumen y la condensación, que le permite ofrecer sumarios de *Ulysses* o *La tierra baldía* sin convertirlos en meras caricaturas de los originales. Esto hace de Wilson un excelente divulgador, pero al mismo tiempo le reduce en ocasiones a mero divulgador que, aparte de presentar en forma sinóptica obras especialmente extensas o complicadas, no realiza auténticas catas críticas en la obra ni aumenta en modo alguno la percepción del lector. Otra característica

de Wilson que ya aparece en *El castillo de Axel* es su técnica de trabajo, consistente en agrupar una serie de ensayos más bien autónomos e independientes en torno a una idea central que muchas veces aparece como impuesta de un modo un tanto arbitrario. En el caso del libro comentado esta idea central o aglutinadora viene suministrada por la acusación de que los principales autores modernos, imitando al personaje del poema de Villiers de l'Isle-Adam, se han recluido en castillos fantásticos, dedicándose al cultivo de las sensaciones y al estudio de ciencias herméticas. Aun en el caso de que esto fuera cierto, esta tesis no añade ni quita nada a nuestro conocimiento de los autores estudiados en el libro, del mismo modo que la «teoría de la herida y el arco», en lugar de explicar las razones de la actividad artística y literaria, queda como simple pretexto agrupador de los ensayos incluidos en el libro del mismo título, publicado en 1941. Como última peculiaridad se aprecia claramente la radical separación que Wilson establece entre forma y contenido de la obra literaria; su interés primordial radica en el contenido, mientras la forma juega el papel de caparazón, en ocasiones enojoso, que hay que eliminar para llegar al núcleo de la obra. Esta concepción explica el rechazo de la poesía como género innecesariamente complejo o la renuncia de Wilson a tratar de profundizar en el estudio de la naturaleza del lenguaje, pretextando que ésta es tarea que compete a filósofos y psicólogos.

La traducción de Luis Maristany resulta digna, pese a deslices ocasionales como el uso de «balanceado» por «equilibrado» (pág. 13) o el respeto excesivo que muestra por el orden de los elementos de la frase inglesa, y que produce algunas veces una sensación de rigidez en el texto.

Como resumen un libro importante de un autor que en su día gozó de una apreciable popularidad, superior a la de otros críticos más rigurosos y originales, y que por esta circunstancia resulta de obligado conocimiento para los interesados en la cultura norteamericana.—
CARLOS GRACIA BONILLA (*Departamento de Lengua y Lingüística Inglesa. Facultad de Filosofía y Letras. MADRID*).

PARA UNA HISTORIA DE LAS MENTALIDADES

Este libro de Arturo Ardao * permite confirmar las líneas fundamentales de su producción y verlas trazadas a lo largo de casi treinta

* ARTURO ARDAO: *Estudios latinoamericanos de historia de las ideas*, Monte Avila, Caracas, 1978, 221 páginas.

años de labor, pues reúne artículos escritos entre 1948 y 1976. Son trabajos que ha ido alternando con la producción de sus libros, casi todos ellos atinentes a la materia que, con cierta ligereza, suele denominarse «historia de las ideas».

La obra de Ardao, aparte de su contenido de investigación erudita, ha contribuido bastante a desbrozar y afinar tal definición. Por una parte, si la historia es totalidad, es difícil hacerse cargo de una historia zonal que sólo abarque las «ideas». Por otra parte, historiar lo ideal recortado y químicamente aislado de todos sus contextos puede dar en un callejón sin salida: el que lleva a contar la historia de algo que no existe. Por fin, la narración de un devenir donde sólo cuenten los sistemas «ideales» de representaciones conduce, casi con fatalidad, a admitir que las «ideas» tienen un *tempo* propio, un ritmo que no es el del mundo histórico *real* (o sea: no ideal).

Ardao ha preferido siempre estudiar las ideas en situación, sin limitarse a describir los sistemas dominantes y sus relaciones de parentesco, lo cual se reduce a las tesis del difusionismo, es decir, a mostrar las homologías entre tal y cual pensadores, explicando que las ideas de uno provienen de los libros del otro. Importa menos saber qué piensan los hombres en determinada situación histórica que averiguar por qué lo piensan así. Cuenta poco saber que la fuente de tal ideología es cual libro o sistema, al lado de concluir por qué unos hombres determinados escogen, en una situación histórica determinada, tal texto como breviarío ideológico.

Estas manifestaciones llevan de la rasa «historia de las ideas» a una sociología del conocimiento o de las creencias, en que se investigan las condiciones históricas concretas en medio de las cuales el conocimiento o creencia se producen, y el entramado histórico que hace posible a los hombres «creer» en determinadas ideas. Se llega, de tal manera, a una historia de las *ideologías* o *mentalidades*. No son meras ideas o sistemas de ideas, sino conjuntos ordenados u ordenables de representaciones, es decir, «ideas» que suponen un «mundo histórico» con el cual se relacionan y del cual toman su auténtica historicidad. El idioma alemán, al acuñar la tan manejada palabra *Weltanschauung*, propone una síntesis: «ver» el mundo es intuirlo, o sea conocerlo inmediatamente, sin discurrir sobre él, pero presuponiendo su existencia como condición previa a la intuición.

Otra línea en la inquietud investigadora de Ardao es el problema de un posible pensamiento latinoamericano. En esto se toca con tópicos antiguos: uno es el de la ausencia de una filosofía latinoamericana; otro es el más amplio de la incapacidad de filosofar en lenguas hispánicas,

aun de filosofar en el mundo latino. La filosofía queda, así, como un atributo casi racial de los pueblos germánicos.

Frente a estas carencias, las respuestas posibles son de dos niveles: una apunta a concretar un pensamiento latinoamericano que sea autóctono y tenga vigencia para los sujetos incluidos en el espacio-tiempo de América Latina. Este historicismo tiene cierta tradición en el ámbito que le pertenece y, curiosamente, recoge las tesis de otro historicismo, también de cuño germánico, como casi todas las cosas que se han dicho en el terreno de la filosofía.

La otra respuesta es negar la posibilidad de un pensamiento «local» y difundir, en el «espacio vacío» cultural de América Latina, las ideas «europeas».

¿Hay una síntesis entre ambas, tal vez como propuesta más que como realización sistemática? El pensamiento es universal, y por eso, precisamente, por la universalidad de sus mecanismos, es pensamiento. Ello no excluye que se ocupe de los problemas particulares y concretos, que son la materia misma de la universalidad. No hay un campo de lo universal distinto del campo de lo peculiar, sino una óptica que torna universal toda problemática peculiarizada. La síntesis «latinoamericana» consistiría en acotar esa problemática sobre el espacio histórico del continente y pensarla con categorías universales, de modo que pudiera ser asequible a cualquier sujeto del mundo en situación de acogerla.

Estas inquietudes, aparentemente teóricas, tienen su correlato perfectamente histórico, dramáticamente histórico, y Ardao lo advierte con claridad en sus estudios sobre el nombre de América y su posible sinónimo, Colombia, así como al recuperar el antiimperialismo de José Enrique Rodó. América Latina no es un continente, sino un proyecto, como imagen futurible de una comunidad de naciones reunidas en términos de un desarrollo común. De otra forma, se reduce a una parte apéndice de los imperios centrales alternativamente dominantes. De modo que «pensarla» supone, inexcusablemente, «hacerla».

Otra mancha temática del libro está constituida por los estudios sobre ideologías dominantes en el siglo XIX, sobre todo la expansión de los positivismos y sus matices regionales, tema que Ardao ha investigado exhaustivamente en otros textos: el darwinismo social y Spencer en el Río de la Plata; Comte, en Brasil y México. Paralelamente, los primeros intentos de distanciarse del positivismo, con apelaciones al espiritualismo, son tratados en los artículos sobre Rodó y Vaz Ferreira.

Las apreciaciones sobre la caracterización filosófica de Rosas también revisten un alto interés historiográfico. Ardao no es argentino y, por ello, seguramente, Rosas es para él «historia» y no «pasado», de modo que puede tomar las debidas distancias. Paradójicamente, esta di-